

**Linda McDowell. 1999. Género, identidad y lugar: un estudio de las geografías feministas. Madrid, España: Ediciones Cátedra Grupo Anaya S.A, 399 p.**

**Laura Constanza Naranjo Villa**

Geógrafa, asistente de Investigación. Grupo Territorios, Departamento de Geografía. Universidad del Valle, Cali, Colombia.

Correo electrónico: [laura.naranjo@correounivalle.edu.co](mailto:laura.naranjo@correounivalle.edu.co)

*El cuerpo no como todos le conocemos e imaginamos, sino, desde la perspectiva del lugar. Se trata del espacio en cual se encuentra el individuo es decir, el cuerpo como primer territorio...*

¿Qué tiene que ver la geografía y el género? es un interrogante que en la actualidad no está totalmente aclarado y aunque constantemente, los estudios feministas se consolidan en el ámbito geográfico, aún queda mucho por explorar y entrelazar; es así como el libro pretende aportar elementos claves para la comprensión y aclaración de dicho interrogante. El libro aborda tres elementos pertinentes: primero, ofrece una idea general de los vínculos más importantes entre perspectivas geográficas y los enfoques feministas; en segundo lugar, abarca problemas de género en la actual Gran Bretaña y otras sociedades avanzadas; y el tercer elemento se centra en la formación de la autora como geógrafa social y urbana y permite comprender, desde sus estudios y trabajos empíricos, la estrecha relación que existe entre la geografía y el género. Como afirma la autora, el libro no contiene todo lo que se debe conocer de la geografía y el género, por el contrario, es un punto de partida que busca estimular al lector a indagar y conocer más sobre esta interesante temática, además de una invitación a abordar sus investigaciones desde el ámbito feminista.

En ese orden de ideas, el primer capítulo parte de la relación entre género y lugar y propone comprender cómo dicha relación se ve afectada por factores económicos, sociales y culturales. Además, integra dinámicas espaciales como: localización, territorio, escala, espacio y desplazamientos. De este modo, la autora plantea una serie de ejemplos con el fin de demostrar cómo las alteraciones de dichos factores repercuten directamente en la construcción del género, es decir, cómo las circunstancias y experiencias de cambio físico transforman la conducta de las mujeres. Un ejemplo claro de lo anterior sucede cuando las mujeres de clase baja debido a la ausencia de oportunidades y escasas condiciones económicas, se ven obligadas a trabajar como personal de servicio en casas de élite o fábricas; ello obliga a las mujeres a que por primera vez se relacionan con otros espacios y comunidades, permitiendo que otras culturas y comportamientos no sólo traspasen, sino que transforman su mundo.

Actualmente, se observa cómo las formas de opresión a las mujeres varían histórica y geográficamente, siendo la distinción binaria excesivamente polarizada. Esta opresión, según la autora, se observa claramente en la diferencia entre el cuerpo de los hombres y el de las mujeres, el trabajo determinado por el género y a través de la desigualdad latente entre tareas y salarios. En ese contexto, aunque actualmente existen intereses por cambiar las relaciones de poder y la desigualdad basada en divisiones de género, se

observa que este fenómeno sigue ocurriendo en todo el mundo. Un ejemplo claro de ello ocurre cuando las mujeres se ven obligadas a involucrarse en relaciones laborales que terminan afectando sus estilos de vida e identidad. Aunado a lo anterior, la autora destaca que otro componente que alimenta estas problemáticas y permite enriquecer la discusión es la reducida relación entre geografía y género presente en los estudios e investigaciones: que incorporan a la mujer como centro de estudio; que indagan por las relaciones de poder y desigualdades; e incluso, temáticas en el ámbito geográfico.

El segundo capítulo se centra en un tema complejo pero de mucho interés, el cual la autora denomina “el cuerpo”. No como todos lo conocemos e imaginamos, sino, desde la perspectiva del lugar. Se trata del espacio en cual se encuentra el individuo es decir, el cuerpo como primer territorio. De este modo, el cuerpo varía en su percepción dependiendo de los adornos, el tamaño, la forma, la sociedad a la que pertenecemos, y el lugar en el que estamos. El cuerpo permite expresar emociones pero también manifestar la libertad con la cual se produce y vive el espacio. Otro aspecto destacado en este capítulo es la visión y diferencia entre el cuerpo de los hombres y el de las mujeres; postura que resalta el cuerpo de la mujer como un elemento bastante cercano a la naturaleza. Bajo esta premisa, la autora explica por qué todas las representaciones de la naturaleza son femeninas, y se expone el rol biológico de las hembras por su don de dar vida. Esta última postura se centra en una crítica a la irracionalidad del pensamiento ortodoxo hegemónico y reduccionista, en el cual las mujeres son seres inferiores debido a sus características biológicas. Por su parte, los hombres representan la fuerza, el liderazgo, la racionalidad; es así como se aprecia que dichas diferencias dejan en desventaja a las mujeres a raíz de sus atributos asociados a procesos de lactancia, menstruación, y en parte a la crianza de los hijos y otros procesos únicos en la mujer. El interrogante que surge a partir del planteamiento anterior es si el cuerpo y las características de cada ser (hombre, mujer) tiene algo que ver con la dominación y fundamentos del poder que ha ejercido uno sobre el otro a través de la historia.

Los capítulos uno y dos sostienen firmemente que la construcción social del género y la concepción del cuerpo se determinan a partir de las relaciones sociales y las representaciones simbólicas. Ello permite establecer divergencias entre: lo aceptable de lo detestable; lo deseable de lo indeseable; lo correcto de lo incorrecto; lo natural de lo artificial; y de este modo, separar en una gran brecha lo masculino de lo femenino.

El tercer capítulo abarca nociones como casa, espacio e identidad, para lo cual la autora se basa en los planteamientos de autores como David Harvey 1996, Gastón Bachelard 1993, Nancy Mairs 1989, Joelle Bahloul 1992, Mackenzie y Rose 1983, Madigan y Munro 1991, para dar definición a estos conceptos y además, establecer la relación entre ellos y las mujeres; con especial énfasis en las amas de casa. De este modo se puede apreciar como los espacios se transforman y resignifican a partir de las relaciones que se tejen en ellos, en particular no se suele creer que las amas de casa poseen una historia relevante que merezca ser estudiada y resaltada, pues se considera que cuidar de los hijos y el hogar sigue siendo un asunto propio de las mujeres que no requiere gran preparación, habilidades o capacidades para realizarse. Según la autora, lo anteriormente mencionado sería una concepción errónea de la condición de ama de casa ya que esta varía dependiendo el momento histórico, el lugar, la sociedad y la misma ama de casa, y aunque no se reconozca, acepte y tenga remuneración alguna,

el ser ama de casa y dedicarse a las actividades del hogar es un trabajo. Es así como se observa que a lo largo de este capítulo se presenta una posición de mujer aprisionada dentro de la casa bajo un ideal de domesticidad feminizada, es decir, que no existe una concepción distinta para la mujer que el hogar y las actividades que allí -por ser mujer- debe desarrollar.

El cuarto capítulo explica la diferencia entre hombres y mujeres en cada momento de su vida y cómo cada lugar ocupado por cada sexo afecta la planificación general de los oficios, profesiones y relaciones. De este modo, no es lo mismo la oficina del jefe hombre que el espacio asignado a su secretaria -mujer-. Dichas disyunciones se pueden observar y localizar en el barrio, la ciudad y la comunidad. La autora pretende saber si las distintas versiones de la masculinidad y la femineidad están vinculadas a las relaciones socioespaciales en los lugares y si éstos, a su vez, las reflejan. Para ello realizan una serie de estudios de caso que arrojan resultados que se deben analizar con mucho detalle, pues no solo existe la división de hombres y mujeres sino que también, existen divisiones de mujer a mujer. Para comprender los planteamientos se incorpora el siguiente ejemplo: una mujer adolescente que acaba de terminar los estudios medios y desea ir a la universidad además de otras aspiraciones sociales y académicas. Para esta mujer joven el matrimonio y la maternidad pasan a un segundo plano, pues no solo no los considera necesarios, sino que la alejan de sus verdaderos objetivos; por otro lado, tenemos una joven mujer de la misma edad que la anterior, ella también está por graduarse de un instituto promedio de su localidad y su entorno no le permite rodearse de individuos con altos niveles educativos, quienes todos ya tiene familias conformadas y ven en esta graduación la culminación de un estado de vida, y la apertura a la madurez. Es así como seguramente esta joven terminará pensando que la maternidad y la familia le darán la entrada en esta comunidad y hará parte de los adultos dominantes.

Según los casos expuestos en el capítulo anterior, La autora concluye que existen factores diferenciales dentro del campo de género, que llevan a comprender que más allá de la diferencia entre hombres y mujeres, hay otras diferencias en el ser mujer que aportan nuevos elementos de análisis, esto es: la clase, la etnicidad, la edad, la localización, los individuos que las rodean, los lugares, la comunidad en general y las experiencias de vida. Es decir, no es igual ser mujer, que ser mujer negra o indígena o en condiciones de pobreza, todos estos factores influyen en la construcción del género y la identidad de las mujeres.

El quinto capítulo se centra en las relaciones entre género y trabajo remunerado en lugares o espacios donde se desarrollan labores físicas. En esta perspectiva, la autora traslada a la mujer de su casa, en donde estuvo confinada tradicionalmente (ver capítulo tres), para salir a realizar sus actividades, no tan distintas, en otras localizaciones y lugares. Lo paradójico del asunto es que la separación establecida por la producción industrial entre el espacio del hogar y el espacio dedicado al trabajo, no fue apropiado para las mujeres, puesto que la gran mayoría de mujeres se desplazaban de sus casas a sus lugares de trabajo -otras casas- a realizar tareas domésticas, trabajos reservados exclusivamente para ellas por su condición de mujer y por supuesto, sus pagos y remuneraciones estaban por debajo del pago que recibían los hombres. Aunque se considera que esta situación mejora con el pasar de los años, desafortunadamente, en la actualidad, todavía se atribuye que hay trabajos que deben ser realizados única

y exclusivamente por mujeres; incluso, a nivel profesional, se considera que hay carreras universitarias para hombres y carreras universitarias para mujeres; esto se puede evidenciar en su presencia y participación en algunas carreras profesionales y actividades laborales.

Es así como la autora asocia a la división del trabajo características como la cultura laboral, el cuerpo, la sexualidad y los marcados roles femenino y masculino. Este capítulo al igual que en los anteriores, establece claramente la relación entre el género, clase y divisiones sociales, entendiendo que estos varían a lo largo del tiempo, tanto en el puesto de trabajo como en otros lugares. A ello se suma que en las sociedades con presencia de industria avanzada, a medida que los hombres de clase obrera pierden sus antiguos medios de vida y las mujeres de clase media se incorporan al mundo laboral, las divisiones de clase reducen las divisiones de género. Para la autora esto es una afirmación que se debe trabajar más a fondo y debe acompañarse de investigaciones que empleen análisis que permitan comparar las empresas entre sí y su relación con algunas zonas del mundo en relación a la incorporación de las mujeres en el mundo laboral.

Sin embargo, para la autora, en la actualidad está latente aún el patriarcado representado a través del modo de producción capitalista, en el cual, las mujeres trabajadoras se encuentran en desventajas con sus compañeros, y esto se ve reflejado en los trabajos que desarrollan ellas y los desarrollados por ellos; además de la gran brecha entre sus respectivos salarios. De este modo, para la autora, el trabajo y la remuneración deben ser un tema de estudio e investigación de las políticas feministas.

En capítulo seis cambia los espacios interiores y cerrados como la casa y el puesto de trabajo por los espacios abiertos como: las calles, bares, cafés, clubes, piscinas, entre otros lugares de esparcimiento y recreo. También, se recopila temáticas como lo femenino y masculino, el cuerpo, el lugar, la feminidad entre otros aspectos antes mencionados en capítulos anteriores. Para lograr realizar una interpretación de la relación de los espacios abiertos y el género, se necesita replantear conceptos tradicionales como: espacio público, ciudad y paisaje. Paralelo a esto, también se debe resignificar el concepto de género, entendiendo que tanto el espacio como el género son una construcción social y que se construyen a partir de la relación e interacción con los escenarios y elementos que los envuelven. De este modo, para la autora, comprender y abordar las temáticas de género, espacio e identidad siempre serán una tarea confusa, compleja y paradójica, difícil de interpretar y abordar desde lo político, lo público y la separación tan marcada entre hombres y mujeres. Este capítulo permite mostrar cómo se transforma y crea el espacio a partir de las relaciones sociales que se generan en él, relaciones que a su vez tejen y construyen identidad de los individuos que habitan estos espacios abiertos. A continuación, algunos aportes planteados a lo largo del capítulo seis que sustentan lo antes mencionado.

El primer hallazgo se sustenta en algunas investigaciones que han descubierto la relación entre la cultura urbana y la manifestación pública de las inclinaciones sexuales. De este modo, se puede inferir que ciertos lugares y espacios en las grandes ciudades permiten que se presente una conducta más abierta en cuanto al comportamiento sexual, conducta que en otros lugares y espacios no se pueden observar tan fácilmente. Dicha conducta acompaña fuertemente el planteamiento de que el homosexual no lo

es hasta que posee una identidad territorial visible y abierta que lo muestre como un individuo diferente a los otros; es así como se puede afirmar que los lugares y espacios juegan un papel crucial en la formación de identidad y esta, a su vez, está ligada a su construcción de género.

El segundo aporte de la autora es la noción de consumo como liberación. Para ello, se plantea la imagen femenina en contextos sociales producidos como por ejemplo las tiendas, las compras y los espacios de comercio, los cuales también están involucrados en el desarrollo de la identidad y la construcción del género, pues el papel de la publicidad y el consumo propiamente dicho, sigue exageradamente marcado en la construcción de la identidad femenina.

Este capítulo refuerza la relación entre el lugar, la feminidad y el esparcimiento, y aunque parece fácil sacar a la mujer de espacios delimitados y cerrados para localizarla en espacios abiertos y de esparcimiento, la tarea no es tan simple como parece, pues según investigaciones y entrevistas realizadas a hombres y mujeres de diferente género, edad y etnia, arrojaron que tanto hombres como mujeres manifiestan temor a las agresiones sexuales que se pueden suceder en espacios abiertos contra la mujer, los hombres temían por sus amigas, esposas, e hijas, y las mujeres temían por ellas mismas. Para la autora, un ejercicio tan sencillo como este demuestra que los espacios y lugares de esparcimiento como: parques urbanos, la playa, el campo y las zonas verdes, no son todavía espacios y lugares para las mujeres puesto que su seguridad y un latente daño a su integridad está presente impidiendo una verdadera libertad y apropiación de los espacios abiertos y de esparcimiento. Para la autora, dichas situaciones no han cambiado significativamente a través de los años, puesto que, actualmente, el panorama para las mujeres en los espacios públicos no es alentador, por lo tanto, se convierte en una problemática social que afecta a todas las mujeres en Latinoamérica y gran parte del mundo.

El capítulo siete abandona las relaciones entre el género y los diversos espacios estipulados en capítulos anteriores, es decir, pasa de los espacios cerrados, espacios abiertos, de esparcimiento, el barrio, la ciudad y la comunidad, a una escala distinta del espacio marcada por la noción de Estado-Nación con el fin de establecer relaciones entre el género y la nacionalidad. Desde esta nueva perspectiva, entre las representaciones y repercusiones de los hombres y mujeres existe un trato distinto, el cual depende del grupo social al cual se pertenece, y a las ideologías de género que forman parte de la construcción social de la nacionalidad y el nacionalismo de los individuos.

Con base en lo anterior, para la autora, primero se debe establecer conceptos claves para lograr comprender en su totalidad dicha afirmación, lo cual implica iniciar con la pregunta qué es un Estado y qué se entiende por Nación; más allá de la idea tradicional en la que es Estado, el concepto está formado por las instituciones que abarcan las tres ramas del poder público; el verdadero dilema, según la autora, radica en comprender los intereses a defender por estas instituciones. De este modo, a continuación se explican dichos intereses desde diversas miradas. Para los teóricos marxistas se trata de los intereses del capital, dejando enfrentamientos entre el capital industrial y el capital financiero; por su parte, los teóricos pluralistas afirman que el Estado representa un gran abanico de grupos de interés, que se diferencian en la forma de negociar y conciliar los conflictos que surgen entre ellos, con el fin de lograr alianzas y estrategias

de intereses; otros establecen que dada la diversidad de instituciones que componen lo estipulado por Estado, es casi imposible definirlo desde la teoría, y lo más apropiado sería centrar la mirada en las políticas y acciones de las instituciones que tienen efecto sobre problemáticas puntuales; para las feministas, lo realmente importante es conocer hasta dónde se defienden los intereses de los hombres y lo masculino sobre las mujeres.

Por lo tanto, la autora establece que el Estado es un conjunto de instituciones que gobierna y un territorio específico y la población que está dentro de sus límites, aunque también existen naciones sin estado, naciones en disputa y naciones nuevas y emergentes. Con todo lo anterior, se puede afirmar francamente que el Estado-Nación es un escenario fascinante para la investigación geográfica y establecer las relaciones de poder y los efectos sobre las relaciones y construcciones del género. Con dichas premisas, la autora afirma que la disipación de algunos Estados y la creación de Naciones han tenido un efecto sin generalizar negativo para las mujeres.

El capítulo ocho, es el último de carácter argumentativo, se encamina particularmente en comprender la noción de movimiento y viaje, ambos frecuentemente abordados en el ámbito de la geografía urbana a través de la preocupación por entender los efectos de las migraciones sobre el centro de las ciudades. Es así como este capítulo plantea toda una teoría en la cual el principal protagonista es el viaje, el cual se presenta como un conjunto de experiencias que cada vez evidencian mayor complejidad; incluso entender el viaje como un complejo reflejo de las experiencias humanas, en las cuales se pueden apreciar culturas, relaciones de poder, interacciones y emociones. Este capítulo permite conocer aspectos propios del viaje y el movimiento desde diversas perspectivas, por ejemplo, la construcción de identidad a través de los traslados; la diáspora y su impacto en las comunidades y pueblos; la diáspora y la hibridación en la identidad cultural. Ello se traduce en que la identidad individual o colectiva está ligada a sus formas culturales, movimientos y las conexiones y relaciones en los espacios.

Un aspecto de interés en este capítulo es la relación que existe entre el género y los viajes. Mientras que la historia del movimiento de los hombres está bien documentada es escaso lo que se puede conocer sobre las mujeres, un claro ejemplo de esto son las esposas de los grandes soldados, generales y fuerza armada a lo largo del mundo. Según la autora, para ellos los viajes hacían parte de su vida laboral, mientras que para las mujeres esposas y amantes, su labor en estos viajes consistía en acompañar y recrear la imagen de casa en tierras lejanas; otro claro ejemplo es el de algunas mujeres osadas que llegaron hasta África, India, Egipto y otros países como enfermeras, voluntarias, misioneras y exploradoras. Los registros que se conocen de ellas son menores que los recopilados por sus semejantes masculinos. Ambos ejemplos muestran que la experiencia de los viajes, recorridos y sentimientos, son diferentes según el género. Mientras los hombres podían documentar toda su experiencia a través de registros oficiales, las mujeres plasmaban sus opiniones y rutinas a través de cartas que enviaban a casa y los diarios que las acompañaban.

El capítulo ocho formula varios aspectos a consideración: el primero, es la articulación de la geografía, el feminismo, la movilidad y la teoría cultural del viaje en diversos estudios; el segundo, busca comprender el concepto de identidad como algo transitorio que se construye a partir de fragmentos de lugares, sentimientos, anhelos y experiencias significativas; el tercero, es la creación de un nuevo tipo de política en la

cual el poder es fundamental y determinante en todos los aspectos, es decir, aunque todos tengan voz, no todos tienen el mismo poder de expresarse y ser escuchado; el cuarto, es la reivindicación de las mujeres del denominado “Tercer Mundo”, para que sus demandas políticas sean apreciadas. Demandas en las que se basa la cartografía de la lucha.

Para concluir este capítulo y todos sus aportes, la autora reflexiona acerca de la existencia de posibilidades, tanto para hombres y mujeres, de alcanzar nuevos modos de realización, distintos a lo masculino y lo femenino, que es lo que se asigna en la actualidad. La reflexión conlleva al lector a pensar en otras formas de hacer género que ayuden a la construcción de identidad individual y colectiva, que contribuyan a la igualdad y la mejoría de las relaciones sociales. Todo lo anterior son planteamientos que siguen en construcción y se nutren diariamente a partir de los individuos y las relaciones que se tejen con su entorno y con ellos mismos.

Finalmente, el capítulo nueve es una recopilación de reflexiones sobre los dilemas de la investigación feminista. En este apartado el lector podrá apreciar la investigación feminista dentro de la geografía a través de testimonios de geógrafas feministas que relatan cómo la importancia del género, la subjetividad, la emoción, y el poder se manifiestan en sus investigaciones y trabajos sobre el feminismo y la geografía.

Las geógrafas feministas evidenciaron que los métodos y modelos abordados es los estudios son tan importantes como la investigación misma, por eso han optado por liberarse de los antiguos modelos y teorías para dar paso a investigaciones cargadas de un sentido propio, un ejemplo de ello es que, en los modelos tradicionales, predominaba la idea de que los estudios e investigaciones corresponden a un ideal científico de análisis objetivo en el cual, no hay lugar a subjetividades, experiencias e interacciones entre las investigadoras y los casos de estudio. En consecuencia, las investigadoras indagaron sobre modelos y métodos que consideraron apropiados tanto para sus estudios e intereses, los cuales permitieron descubrimientos significativos cargados de diversas perspectivas y abordando diversas disciplinas y saberes.

Finalmente, se enumeran las principales conclusiones que se han debatido a lo largo de la reseña: la primera, es que tanto la autora como las investigadoras coinciden en que la selección de informantes para las investigaciones es decisiva. Por eso, es necesario no solo las evidencias y muestras de las mujeres, también, se deben abordar apreciaciones de los hombres para conocer a profundidad el lugar que ocupan las mujeres en diversos escenarios como la casa, los espacios públicos, el ámbito laboral y las cualificaciones. En ese orden de ideas, para la autora, lo anterior permite múltiples perspectivas para obtener un panorama más extenso del estudio en cuestión; la segunda, es que, aunque los estudios de género han incursionado en el ámbito geográfico, aún queda mucho por articular y es claro que, en esta coalición, ambos aspectos se favorecen; la tercera, enfatiza que, la investigación y la política son ineludibles para los estudios feministas; y en cuarto lugar, existen diversas relaciones de poder y el género es una de ellas. El poder comprende múltiples transiciones, y así como varía el poder y sus relaciones, es conveniente que varíen los modelos de estudio y análisis como lo exponen las geógrafas feministas en sus investigaciones.